

**Maximiliano FUENTES y Ferrán ARCHILÉS (eds.).** *Las ideas comprometidas. Los intelectuales y la política.* Madrid: Akal, 2018. 384 pp. ISBN: 978-84-460-4573-1.

---

El oficio de pensar es consustancial con la historia de la humanidad. Vinculado inicialmente a todo lo trascendental que inspiraba el intento de conocer el sentido de la propia existencia y su propósito final, coqueteó primero con lo mágico para irse desplazando a lo teológico. Entre medias, en nuestro ámbito cultural se fue creando un espacio peculiar para quienes hacían del pensamiento una forma de vida. Atenas y Roma constituyeron baluartes para esa práctica y pusieron los cimientos de lo que enseguida constituyó la tradición occidental. Si los filósofos de entonces no hicieron sino dar continuidad a las ideas que siglos antes habían ido germinando en Oriente, sus supuestos fueron fundamentales para dar paso al Renacimiento y, más tarde, a la Ilustración.

Fue en el siglo XVIII en el que los maestros del pensamiento configuraron una imagen novedosa que llenó los salones de la aristocracia y que la burguesía ya consolidada supo convalidar. Sin embargo, será en el final del siglo XIX, cuando se dieron la propia afirmación de la nación, la entrada de las masas en la política y la floración de nuevos mecanismos de difusión de las ideas, que una nueva figura vino a asentarse en la arena pública. Sabedora de que su actuación escrita tendrá efectos inequívocos en la realidad, como consecuencia de una actitud novedosa en la que se hizo imperativo decir la verdad al poder, consciente de una insólita responsabilidad pública, el recién llegado intelectual, vinculado normalmente al mundo de la creación literaria, se validará por su compromiso en la propia tarea de pensar.

Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés, profesores de Historia Contemporánea de las Universidades de Girona y de Valencia, respectivamente, llevan a cabo una excelente e imprescindible propuesta en este libro aglutinando, en catorce capítulos, escritos elaborados por prestigiosos profesionales expertos en el tema de la historia de los intelectuales del último siglo. Los capítulos se centran en cuestiones transversales relativas a la posición de los intelectuales europeos (fundamentalmente franceses y alemanes) sobre la Gran Guerra (Maximiliano Fuentes) y el periodo subsiguiente (Patrizia Dogliani), así como sobre los intelectuales judíos y el cosmopolitismo (Enzo Traverso). También abordan casos singulares desde una perspectiva netamente nacional como la francesa (Gisèle Sapiro), teniendo en cuenta el papel que esta figura ha desempeñado en la historia del país –Sartre (Ferrán Archilés) y Camus (Jean Yves Guerin) como epígonos– y el proceso de desencanto vivido después de 1968 (François Houramant); italiana (Albertina Vittoria) –en torno a Gramsci y su legado e influencia en el PCI–; portuguesa (José Néves) –en relación con el papel jugado por António José Saraiva–; española –analizando las trayectorias vividas entre 1898 y 1945 (Ismael Saz), la figura de Carlos Castilla del Pino (Ángel Duarte), y los intelectuales comunistas en Cataluña bajo el franquismo (Gaiame Pala)–.

Dos capítulos abordan el ámbito latinoamericano. Paula Bruno se centra en las voces intelectuales de la región en torno a la primera Conferencia Latinoamericana (1889-90) y la Gran Guerra (1914-18). José Martí, Justo Sierra, Paul Groussac, Rubén Darío y José Enrique Rodó tienen una presencia especial. Así mismo, se aborda la gestación de la tensión entre latinidad y yanquismo, la controversia entre el repudio al mestizaje de Carlos Octavio Bunge o de Alcides Arguedas y las posiciones diferentes de Víctor Raúl Haya de la Torre, José Vasconcelos, Gabriela Mistral y Manuel Ugarte. La reforma universitaria de Córdoba (1918) tiene igualmente cabida en las páginas de este capítulo.

El segundo capítulo analiza a los intelectuales de izquierda y la revolución latinoamericana. Su autor, Carlos Aguirre, analiza el periodo comprendido entre 1959 y 1990, marcado en su inicio por la Revolución cubana y en su final por el generalizado proceso de transiciones a la democracia en la región. Hay cuatro aspectos en el texto que me llaman la atención: el impacto que tuvo la Revolución cubana en toda América Latina al hacer de la isla un centro de peregrinación y por el apoyo que recibieron tanto desde la Casa de las Américas como a través del afamado boom que vivirá la literatura latinoamericana animado por autores que en su momento fueron claros compañeros de viaje de la revolución. En segundo lugar, el impacto de la matanza de Tlatelolco. Después, las heridas mortales de las dictaduras en Víctor Jara, Haroldo Conti y Rodolfo Walsh. Finalmente, el retroceso sufrido por los intelectuales a partir de finales de la década de 1980, coincidente con el desdibujamiento de la identidad entre ser intelectual y ser de izquierda.

Este punto representa un engarce con una de las tesis que los editores del libro plantean en la introducción: «El probable fin del intelectual va de la mano del desarrollo o del agotamiento de la idea de compromiso» (p. 7) y ello, a su vez, se vincula con la idea de que la figura del intelectual importó mientras importó la política. En un escenario de sociedades líquidas y en el que el poder no se encuentra en la política, adquirir la responsabilidad de decir la verdad a un poder escondido se vuelve banal y carece de todo interés. Además, la desaparición de las tribunas públicas donde se asentaron los altavoces de los intelectuales y su sustitución por nuevas formas de comunicación más horizontales, interactivas y donde la limitación física del debate bien argumentado es la nota dominante constituyen una trama de cambio con profundas consecuencias. Si la muerte del intelectual es en sí misma un género literario, hoy, como nunca aconteció antes, parece tratarse de una estocada definitiva o, al menos, de la necesidad de llevar a cabo un profundo replanteamiento tanto de la propia figura como de los medios utilizados. Si el medio es el mensaje, las transformaciones registradas plantean nuevos escenarios. En ese marco, el conocimiento del pasado inmediato es imprescindible para aventurar las nuevas formas de intervención en la plaza pública de quienes, con vocación, conocimiento y responsabilidad, tengan algo que decir.

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ  
*Universidad de Salamanca*